

LA SALVACION

En la reflexión anterior nos hemos asomado un poco a la maravilla del amor de Dios. Ahora vamos a ver algo de lo que El ha hecho y sigue haciendo por nosotros, precisamente porque nos ama.

Vamos a hablar de la Salvación. Pero, ¿Qué significa ser salvados y de qué nos salvó Cristo?.

Repasemos para ello el plan inicial de Dios. Cuando Dios creó el mundo, lo planeó para que en él reinara la paz, la justicia y la felicidad.

El relato que aparece en el Libro del Génesis no es una historia del origen del hombre, sino un retrato de la historia de la humanidad y de cada hombre concreto.

En resumen, lo que el Génesis nos dice es:

1. Que Dios pensó y quiso un paraíso para el hombre.
2. Que el hombre fuese dueño y señor de sí mismo y de la creación.
3. Que quiso que viviera en armonía y comunicación con Dios y con toda la naturaleza.

Y todo el resto de la Biblia lo que nos dice es que Dios no ha cambiado de opinión. Nos dice todo lo que Dios ha seguido haciendo para que este mundo pudiera ser un paraíso, a la par que nos anuncia que tarde o temprano se saldrá con la suya.

Frente a este plan inicial de Dios, veamos la realidad del día a día.

El hombre fracasa cuando no llega a ser lo que quiere ser, pero el gran fracaso del hombre es no llegar a ser lo que Dios quiere que sea y pensó para él desde la creación del mundo. Cuando planeamos algo poco importante y fracasamos, nuestro fracaso es pequeño. Si hacemos planes grandes y fracasamos, nuestro fracaso es grande. Pero si mi padre hace para mí un plan perfecto, maravilloso, mil veces mejor de lo que yo pudiera soñar o imaginar y lo hace posible pero yo se lo echo a perder, mi fracaso es monstruoso. Pues eso es el pecado: la frustración del plan de Dios.

Si nos acercamos a cualquier periódico, lo que vemos que pasa en el mundo dista mucho de ser un paraíso: guerra, hambre, violencia, explotación, conflictos raciales, sociales y económicos.

Lo que nos llama la atención no es sólo la magnitud del problema, sino el hecho de que ningún hombre, grupo de hombres o de naciones parece tener control pleno de la situación.

No sé si os habréis preguntado alguna vez quien inventa las guerras y por qué. Nadie quiere las guerras, porque suponen odio, destrucción y muerte; sin embargo, la historia de la humanidad es una larga sucesión de guerras hasta que llegó la Primera Guerra Mundial que involucró a casi todos los países. Decían que era la guerra que iba a acabar con todas las guerras para siempre y veinte años después llegó la Segunda Guerra Mundial, mucho más cruel y dura que la primera y que terminó con el estreno de la primera bomba atómica, que hoy podría acabar para siempre con el mundo si llegara una Tercera Guerra Mundial. Desde la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días se han sucedido más de 135 guerras en el mundo; nadie quiere las guerras, pero parece que vamos inexorablemente hacia ellas. Podríamos hablar también del hambre. En el mundo hay alimentos suficientes para todos; sin embargo, millones de hombres mueren cada día de hambre. El hombre prefiere seguir invirtiendo en tanques, aviones, armas y guerras. El precio de un submarino moderno, equivale al coste de educar a 16 millones de niños durante un año. El coste de un avión de combate, equivale al coste de 40.000 farmacias bien abastecidas. La guerra contra Irak costó 85.000 millones de dólares; es decir, el dinero suficiente para solucionar el problema de la vivienda para 85 países como Nicaragua.

Y sin embargo, el hombre sigue insistiendo en construir un paraíso, ¡qué ironía! pero el mundo seguirá sin encontrar la salida hasta que no acepte que solo Dios puede hacer posible que el hombre sea verdaderamente feliz. El hombre sigue pensando que el dinero, la fama, el poder, el bienestar, la ciencia y otras cosas más pueden hacerle feliz pero resulta que no es así y las evidencias lo demuestran. Solo por citar un ejemplo, EE.UU. es un país donde se consumen 40 pastillas de Valium por habitante cada año. Y no hablo del total de los tranquilizantes, sino solo de una marca de pastilla

tranquilizante. Seis millones de norteamericanos son internados en los hospitales psiquiátricos todos los años. Un país que tiene 35 millones de alcohólicos (1 de cada 15), centenares de miles con SIDA, con el 40% de matrimonios que terminarán en divorcio y con el 30% de embarazos que terminan en aborto.

Ojalá podamos entender por qué envió Dios un día a su Hijo Jesucristo al mundo. ***“Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna”***. Para salvar a la humanidad, para salvar al hombre, porque necesitamos ser salvados de todos nuestros males que tienen su origen en el pecado. Porque el pecado consiste en querer prescindir de Dios, en alejarse de Dios, en dar la espalda a Dios y el mundo en el que vivimos nos demuestra cada día que el hombre así solamente lleva en su vida infelicidad y destrucción.

Que de algún modo estamos siendo conducidos hacia donde no deseamos. Que no somos totalmente libres. Que todo el mundo y sus sistemas parecen estar maleados.

Y que este mal repercute también sobre cada individuo. La enfermedad de este siglo se llama: SOLEDAD. Y porque estamos solos hacemos muchas cosas que nos hacen daño. La vida del hombre de hoy parece estar caracterizada por la soledad y el aislamiento (aún cuando estamos rodeados de multitudes), depresiones, angustias, inseguridad, un sentimiento de vacío y de que nada parece tener sentido, y la impresión de que ya nadie sabe a donde vamos. Las relaciones de los hombres están caracterizadas por el temor, la sospecha, la desconfianza, la explotación, el interés. Y que las relaciones son de violencia, o de escapismo y desesperación.

Más tarde veremos que nos dice Dios con respecto a la causa de todos estos problemas.

De momento vemos que no es sólo un problema de IGNORANCIA. Aún en las universidades predomina la confusión y la violencia. Los hombres más educados no parecen tampoco poder sacar a flote sus relaciones personales o su propia vida.

Ni es sólo un problema de EXPLORACION y miseria, Los grandes empresarios fracasan en sus vidas privadas. También entre los ricos, y quizá más que entre otros,

se dan la neurosis, la desesperación, el suicidio, el divorcio, el alcoholismo, las drogas, la angustia.

Ni es sólo un problema de MATERIALISMO. Las religiones desarrolladas por el hombre han buscado la solución al mal. Actualmente, muchas personas se dedican a la práctica de religiones orientales buscando en la meditación, el yoga, el zen, el vegetarianismo, medios para resolver sus vidas en conflicto y para buscar una paz y una felicidad que no acaban de encontrar.

Aún dentro de la religión cristiana encontramos ciertas formas de expresión que no pasan de ser sino un esfuerzo puramente humano por cambiar el mundo. Pero, sus planes, con demasiada frecuencia están basados en la sabiduría humana, y no en la sabiduría divina. En Isaías 55, 8-9 nos dice el Señor: “No son mis pensamientos, tus pensamientos, ni tus caminos son mis caminos... Así como el cielo está muy alto por encima de la tierra, así también mis caminos se elevan por encima de tus caminos, y mis proyectos son muy superiores a los tuyos”.

El hombre propone soluciones y una a una van fracasando. En los años 50, creyó haberla encontrado en la técnica y en la sociedad de consumo. El hombre, al poder tener mas cosas, sería más feliz, y la técnica podía solucionar cualquier problema. Sólo una generación más tarde, vinieron los hippies y la revolución juvenil. Hoy no sólo rechazan esos valores, sino que los acusan de ser los causantes de los problemas de hoy, como la polución ambiental y el desequilibrio ecológico.

La historia de la humanidad no es sino una prueba de los intentos del hombre por encontrar el paraíso, la felicidad; por eso se hacen las leyes, las filosofías, las ideologías, la política, las revoluciones, sin conseguir nada.

Tomemos conciencia de que el problema está por encima de lo que el hombre puede resolver por sí solo. Necesita de la ayuda de Dios, y vamos a saber por qué.

La Biblia nos dice que detrás de los males particulares que encontramos, en la sociedad y en las personas, hay algo cuyo remedio va más allá del alcance de los hombres y es EL PODER DEL PECADO.

El hombre parece no darse cuenta de que dentro de él mismo hay una ley más fuerte que es el pecado, es decir, vivir de espaldas a Dios y a su plan. El mundo en que vivimos nos muestra cada día que son inútiles los esfuerzos del hombre por crear un mundo mejor de espaldas a Dios.

Vamos a regresar al Génesis. ADAN en hebreo significa HOMBRE. Lo que nos dice la Biblia con la alegoría de Adán, es que el hombre pecó. No un hombre, sino el hombre, el de ayer y el de ahora, y en Romanos 3, 23 nos dice San Pablo que “todos han pecado y están privados de la gloria de Dios”.

Regresemos al Paraíso a ver qué pasó. En el relato del Génesis vemos que el hombre vive en un Paraíso mientras sigue la Ley de Dios y que en cuanto la rompe ya deja de estar en él.

Si leemos el texto veremos que el tono es más bien el de un consejo que el de un mandato y que Dios no hace nada para impedir que se coman la tal manzana, ni pone un guardia a cuidar el árbol. Y que él único perjudicado es el hombre, cuando desobedece a Dios. Su supuesta prohibición es más bien el consejo de un padre que le dice al chaval: “No corras que te vas a caer... ¿Te das cuenta?. ¡Ya te caíste!”. O como esos rótulos en la carretera: “No cruce la línea continua y el chófer que dice, a mí no me manda nadie. Sólo que fue a parar al hospital y el jefe de tráfico está tranquilo en su oficina.

Y esto mismo es lo que hace con el Decálogo que le da a Moisés: “¿Queréis vivir felices en comunidad? Pues no le robes a tu hermano, no le desees a su mujer, no mates, etc. Hay un único mandamiento “Se prohíbe ser infeliz” y una sólo solución: Seguir esta Ley.

Como un padre quiere todo lo mejor para sus hijos, Dios quiso ser Él mismo quien le dijera al hombre lo que es bueno y lo que es malo, lo que le conviene y lo que no le conviene. Dios no quería que el hombre tuviera que descubrir por sí mismo lo que es el dolor, la angustia, la culpa, la tristeza y la muerte. Esto es lo que significa la famosa historia de la manzana, de la serpiente y del árbol del bien y del mal. Lo único que hizo

Dios fue prohibirle al hombre probar el mal o lo que es igual, le mandó que fuera feliz y le mandó que confiara en Él porque sabía qué era realmente lo que más le convenía.

Cuando unos padres le dicen a su hijo que no beba de la botella de la lejía, se lo dicen porque le quieren. El hijo tiene dos posibilidades: una, hacer caso a sus padres confiando en que quieren lo mejor para él y otra, probar a beber de la botella y descubrir por él mismo por qué no debía beber de esa botella. Esta es la historia de la humanidad. Por eso hablamos de la frustración del plan de Dios como el pecado del hombre.

Pero el demonio le dice al hombre (Génesis 3,1): “¿Es cierto que Dios os ha dicho no comáis de NINGUNO de los árboles del jardín?” O lo que es lo mismo: “Os tienen a raya, nada os dejan hacer. Todo es pecado”. Y es mentira.

Y agrega el diablo: “Es que Dios sabe muy bien que el día que comáis del árbol... conoceréis el bien y el mal”. Como quien dice: “Ese día vais a saber lo que es bueno”. Y el diablo cumplió con la otra mitad de su promesa: Ahora sabemos qué es el mal y qué es estar “bien-mal”.

El demonio que conocía el plan de Dios se lo falsifica al hombre y le engaña haciéndole creer que Dios le había hecho libre para que hiciera lo que le diera la gana, sin escuchar a su Creador y ser él mismo su propio dios. Lo más hermoso de todo esto es que Dios no rechaza al hombre, sino que el propio hombre se revela contra Dios y le rechaza; sin embargo, este querer prescindir de Dios y este separarse de Él, tendrá consecuencias insospechadas que nos harán comprender por qué está este mundo como está.

Porque el hombre rompió su relación con Dios y quedó separado de Él, Jesucristo vino como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo para pagar con su sangre la deuda de Adán (del hombre) y establecer así una nueva Alianza entre Dios y el hombre.

Dios había creado al hombre a su imagen y semejanza; es decir, le había dado su propia vida, su Espíritu. Pero es el hombre el que se separa de Dios y decide vivir sin Él, volviendo a ser simplemente barro y simplemente carne sujeto a sus propias leyes.

El que estaba llamado a vivir la vida de Dios en plenitud y ser el dueño de toda la creación (Gen 1,28), perdió incluso el dominio de sí mismo viviendo a merced de la preocupación, la ira, la frustración, el aburrimiento, la amargura, la envidia, el odio, etc. Estamos como divididos dentro de nosotros mismos. Hay algo dentro de mí que me dice que algo no es bueno pero me siento arrastrado hacia ello, mi conciencia me dice que algo es bueno pero sin embargo no soy capaz de hacerlo.

Mucha gente no acepta lo del Pecado Original a pesar de que lo está experimentando todos los días en carne propia. Lo que nos dice la Biblia es simplemente que el hombre no sufre sólo por culpa de sus propios pecados, sino por los pecados de los demás. Cuando alguien roba, otro o muchos otros sufren. Cuando uno es alcohólico toda la familia sufre. Cada una de nuestras faltas repercute sobre los demás; las de los padres sobre los hijos, las de los gobiernos, las de otros países, las de otros que vivieron antes que nosotros. Esto es lo que nos reclaman los jóvenes de hoy. Que están pagando ellos lo que nosotros hicimos y lo que dejamos de hacer. Pues eso es el Pecado Original.

El pecado del hombre se proyecta también sobre los demás y por eso todo el orden dentro del mundo quedó cambiado. Dios había hecho el mundo y lo encontró bueno, dice la Escritura, y ahora no lo encontramos bueno por el pecado. Vivimos en un mundo organizado en contra del plan de Dios, consecuencia del pecado que está dentro de nosotros. El mundo es el conjunto de ideas, valores, actitudes y estructuras que conducen a lo que vemos y escuchamos cada día: a la guerra, a la explotación, a la violencia, al desorden, al hambre, a la miseria, a las drogas, a la prostitución,... El mundo está en situación de pecado porque es una frustración del plan de Dios.

Finalmente la Biblia nos dice que detrás de todo esto, disfrazado (entonces de serpiente y ahora de muchas formas) está el Demonio. Que Satanás es una realidad, no un invento de la tradición judeocristiana sino una creencia universal. El mismo Jesucristo le llama el Príncipe de este mundo (1 Jn 5,19).

En Efesios 6,12 nos dice San Pablo que: “Nuestra lucha no es contra fuerzas humanas sino contra los principados, contra las potestades que dirigen este mundo y sus

fuerzas oscuras. Nos enfrentamos con los espíritus y las fuerzas sobrenaturales del mal”.

O como dice San Juan en 1 Juan 5,19: “Sabemos que pertenecemos a Dios, mientras el mundo entero está bajo el poder del maligno”. Satanás es el enemigo de Dios.

La verdad es que el demonio sí existe y tiene poder y es más fuerte que el hombre cuando el hombre está solo. Cristo nos habla de su existencia y el Papa ha insistido mucho en ello.

Uno de los medios más eficaces que usa el demonio es precisamente el hacernos creer que no existe. Está fuera de moda creer en el demonio, y al reducirlo al mundo de los mitos, ingenuamente nos abrimos a él.

Y sin embargo todas las culturas de todos los tiempos han creído de una manera u otra en su existencia. Y es que si somos realistas descubriremos que nosotros y nuestra sociedad vivimos oprimidos por el mal y que no gozamos de la libertad espiritual que quisiéramos. Que hay algo que no nace de los hombres y que es mayor que la suma total del mal que hace cada hombre.

No se trata sin embargo de obsesionarnos con la idea del demonio. La Sagrada Escritura nos habla del demonio, pero para decirnos que Dios lo ha vencido.

Leamos Juan 12:31 “Ahora es el juicio de este mundo y será echado fuera el que manda en este mundo. Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia Mí”.

El Padre nos mandó a su Hijo único, Jesús, para liberarnos del poder del mal. Leamos Colosenses 1,13-20.

Quizá para muchos éstos no tenga sentido. Es lo que en San Pablo llama la “Locura de la cruz”. Leamos 1 Co 1,17-25.

Por lo tanto, el mundo, el demonio y la carne explican el fracaso del hombre en sus intentos de reconstruir él mismo un paraíso. Efectivamente el hombre fue creado para vivir en un paraíso, para vivir feliz, pero junto a Dios.

¿La solución a todo lo que hemos visto hasta aquí?: Cristo. Jesús nos ha salvado, pero muchos no entendemos lo que esto significa, para muchos la salvación consiste simplemente en “irse al cielo” algún día. La salvación no es sólo para el futuro sino algo de ahora. La salvación es hoy. La salvación plena, es todo un NUEVO MODO DE VIDA aquí en la tierra, una vida mucho más plena, una vida de paz y de justicia, de liberación y de felicidad.

Yo comprendí mucho mejor esta salvación cuando comprendí que el Reino de Dios no es sólo el Reino de los Cielos futuro. Porque un rey reina sobre todo donde se cumple su voluntad, su ley. Por eso es que decía Cristo al enseñarnos a rezar: “Venga tu Reino (y para eso) hágase tu voluntad, y que se haga aquí en la tierra como se cumple en el Cielo para poder hacer de esta tierra un cielo.

Dios no ha cambiado de opinión. La voluntad de Dios sigue siendo que vivamos en un Paraíso que no es un lugar sino cualquier lugar donde se cumple su ley que no es más que consejos para vivir felices en comunidad.

Ya veis pues cómo es cierta la historia de Adán. Tan cierta que Adán somos nosotros.

Con una diferencia y es que ahora, porque el Señor nos redimió, se nos da a escoger si queremos vivir en el Paraíso o fuera. En el Reino (Reinado) de Dios o en el Reino de las tinieblas.

Y es que el Reino de Dios y el de las tinieblas se parece a dos países vecinos. En ambos viven en un tiempo todos como esclavos, pero al primero de ellos llegó un libertador que mediante una revolución, que le costó su sangre, liberta a su pueblo y lo rige mediante leyes tan sabias que El mismo les da poder para cumplir, que logra que los hombres vivan felices como hermanos.

El país vecino sigue esclavo y oprimido, tiene las mismas tiendas, las mismas riquezas, los mismos paisajes. Sólo que en el uno nadie peca y es un Paraíso, y en el otro pecan y es un infierno.

Pero hay algo que también es curioso. Y es que hay gente que toda vía escoge irse a vivir al otro, porque creen que si viven allá “seréis como dioses y conoceréis el bien y el mal”. Sigue pasando lo que dice Juan en Juan 1, 9-12. Leámoslo, por favor.

(Testimonio personal de cómo he experimentado la salvación de Cristo)

A modo de recapitulación, leamos Filipenses 2, 6-11 y, finalmente, veamos lo que ofrece nuestro Señor y Salvador leyendo Apoc. 21, 1-7.

Como veis, Cristo no ha cambiado de opinión. ¿Cuál será tu respuesta...?



AVISO: A partir de ahora, y preparando la fiesta del Perdón, cada uno debiera ir haciendo una lista de TODAS LAS REALIDADES NEGATIVAS de su vida, de las que quiere que Dios le salve.

(Dios te da la oportunidad de fallar, levántate... eso es vivir)

Explicar ACTITUDES, inicio de Salvación o TOTAL. Trabajar esto mucho en los grupos.

<u>REINO DE LA LUZ</u>	<u>REINO DE LAS TINIEBLAS</u>
HUMILDAD	SOBERBIA
GENEROSIDAD	AVARICIA
CASTIDAD	LUJURIA
PACIENCIA	IRA
TEMPLANZA	GULA
CARIDAD	ENVIDIA
DILIGENCIA	PEREZA

Vamos a acabar con un cuento que creo que puede ser ilustrativo de todo lo que hemos estado hablando.

ME EQUIVOQUÉ ...

Perdone, me equivoqué ...

Era una vez un joven que tenía muchos problemas.

Constantemente, en sus oraciones, le pedía a Jesús que viniese a visitarlo en su sufrimiento.

Un día, Jesús llamó a su puerta, el maravillado, le invitó a entrar, y Jesús se sentó en el sofá de la sala.

En la mesita del centro se encontraba una Biblia abierta en el Salmo 91. En una de las paredes estaba colgado un bordado con el Salmo 23 y en la otra un cuadro con la última cena.

"Señor Jesús" dice el joven, "en primer lugar quiero decirte que es un honor tenerte en mi casa, como ya debes saber, estoy pasando por algunas dificultades y necesito mucho de Tu ayuda..."

"Hijo", interrumpió Jesús, "antes de que hablemos sobre tus ruegos, me gustaría conocer tu casa. ¿Dónde duermes?"

En ese momento el joven se acordó de que guardaba en su cuarto unas revistas terribles y se apresuró a poner una disculpa:

"¡No, Jesús, hay no!. ¡Mi cuarto está desordenado!"

"Bien", dice Jesús, "y la cocina, ¿puedo ver tu cocina?"

El joven recordó que en la cocina había varias botellas de bebida que no le gustaría que las viese Jesús.

"Señor, perdona, pero prefiero que no", respondió el joven, "mi cocina esta vacía, no tengo nada bueno para ofrecerte".

En ese momento, un gran ruido interrumpe la conversación.

¡Pam, pam, pam ...!

Era alguien que llamaba furiosamente en la puerta, el joven se levantó, asustado, y fue a ver quien era.

Abrió la puerta medio desconfiado, y vio que era el diablo.

- "¡Quita de delante que quiero entrar!", gritó el tentador.

- "No me viene bien", respondió el joven, y así comenzó una pelea. Con mucha dificultad el hombre consiguió empujar al diablo y cerrar la puerta.

Cansado, el joven volvió a la sala y continuó:

"Bueno, Jesús, como te estaba diciendo, necesito tantas cosas..."

Pero, otra vez la conversación fue interrumpida por un ruido fuerte que venía de la ventana del dormitorio. El joven corrió para ver quien era y al abrirla vio, nuevamente, al diablo:

- "¡Voy a entrar ahora!", dice el enemigo.

Pero el joven, otra vez, luchó con él y consiguió cerrar la ventana.

"Señor", dijo, "perdona la interrupción, como te iba diciendo..."

Otra vez, al fondo de la casa, se oyó un grandísimo ruido, como si alguien quisiese tirar la puerta abajo, era nuevamente el diablo:

- "¡Quiero entrar!"

El joven, ya exhausto, luchó con él y consiguió dejarlo fuera.

Al volver, contrariado, le dice a Jesús:

- "No entiendo. El Señor está en mi casa, ¿por qué el diablo continúa insistiendo en entrar?"

"Sabes lo que es hijo mío", explicó Jesús, "es que de tu casa sólo me has dado la sala".

El joven humildemente entendió la lección de Jesús e hizo una limpieza de la casa para entregarla a los cuidados del Señor.

En ese momento, el diablo llamó a la puerta otra vez.

El joven miró para Jesús sin entender, y el Señor le dice:

- "Déjame que yo voy a abrir".

Cuando el diablo vio que era Jesús el que abría la puerta, dijo: "Perdone, me equivoqué", y salió corriendo.

Muchas veces, es eso lo que pasa con nuestro corazón. Le entregamos a Jesús sólo una parte del mismo, solo la sala; quedándose las dudas a vivir en el dormitorio, el fracaso en la cocina, el miedo en la terraza, entonces luchamos y no vencemos porque la casa está dividida.

La Biblia dice que "los ojos del Señor se pasean por toda la tierra para mostrarse fuerte ante aquellos cuyo corazón es enteramente suyo".

Perdone, me equivoqué ...